

### *Palabras del doctor Gerardo Ancarola*

Cuatro Academias Nacionales que lo contaron entre sus miembros más conspicuos y una entidad cultural —de las muchas que integró—, la Institución Ortega y Gasset en cuyo nombre hablo, han decidido rendirle al doctor Mario Justo López al cumplirse un año de su desaparición física, este homenaje. Pocas veces un tributo más merecido. Y es que en realidad su poderosa inteligencia, su amplia cultura, su fino poder de análisis, su ecuanimidad en el juicio y su capacidad de reflexión hicieron que en la ciencia política descollara de manera excepcional. Es más, creo sinceramente que en lo que transcurre de esta segunda mitad del siglo xx la obra científico-política de López está entre las más ricas y completas del país ya que sus aportes doctrinarios alcanzaron un nivel de excelencia pocas veces logrado entre nosotros e inclusive en América Latina.

Ello así, por la orientación general que le imprimió, por la impresionante coherencia mostrada desde sus primeros ensayos, por las innovaciones teóricas que aportó o divulgó, por la apertura a las nuevas orientaciones científicas que sin perder el contexto nacional siempre puso de manifiesto y hasta por la belleza formal de su estilo literario inconfundible. Agréguese que el punto de partida de su concepción de la política como ciencia era claro, porque como nos lo repitió —y utilizaba entonces expresiones de Adolfo Posada— no la entendía “ni chata ni neutra”, sino con “fluido ético” y con “sed de justicia”. Por eso también no puede sorprendernos que amara la demo-

cracia y que se jugara por ella —sufriendo persecuciones, incomprendiones y cárceles— de la misma manera como la analizaba: serenamente, silenciosamente pero inclaudicablemente. Fue así un demócrata sin desfallecimientos, para quien la democracia era algo más que una forma de gobierno o los simples mecanismos electorales, para constituirse en todo un estilo de vida engarzado en la virtud, sin la cual no tendría sentido ni razón de ser.

En el campo científico, académico y universitario, su labor fue extraordinaria y su efecto será duradero. Porque Mario Justo López fue un maestro en toda la extensión que quiera dársele al vocablo. Y sus discípulos —entre los que con orgullo me cuento— recordarán permanentemente sus lecciones de saber y de conducta; porque además de un sabio, fue una cumbre moral. Tenía la suprema sencillez de los que comprenden cuáles son realmente los valores superiores de la vida, una generosidad intelectual incomparable y una bondad personal sin límites, que hacían de él para sus amigos, para sus colegas de cátedra, sus pares en las Academias o para sus alumnos, una personalidad cautivante.

Pudo ser lo que fue, enseñar lo que enseñó y escribir lo que escribió porque a su natural inteligencia la cultivó con el estudio y la meditación. Esto implica reconocer el enorme sacrificio que arrastra siempre consigo el hombre intelectual: el de cargar con lecturas, con reflexiones y con observaciones —siempre renovadas— esa maravillosa computadora que es nuestro cerebro. López tenía una formación clásica. Había leído a los grandes maestros de la ciencia política, pero, espíritu inquieto, estaba actualizado con todos los nuevos aportes de los nuevos pensadores, tanto nacionales como extranjeros. A esto hay que sumarle una variada cultura general que lo constituía en un erudito, como quedó de manifiesto sobre todo en su obra *Introducción a los estudios políticos*, título modesto que es sin embargo un verdadero hito en la bibliografía científico-política nacional.

Por otra parte, estoy cada vez más convencido de que en su actitud intelectual, que en su concepción de la política y hasta de la vida, tuvo marcada influencia José Ortega y Gasset. Ese “sistema abierto” como denomina Ferrater Mora al del gran pensador español, no sólo

lo fascinó por su exuberancia vital, sino que también le sirvió para confrontar y analizar las cambiantes "circunstancias" políticas y sociales, buscando soluciones posibles en cada coyuntura. "Soy orteguiano —me dijo alguna vez— porque no sigo estrictamente a Ortega". Y tenía razón; lo peor que puede pasarle a un discípulo de Ortega es que se lo siga religiosamente; hay que seguirlo dinámicamente. "Ortega no piensa siempre lo mismo —decía López— porque precisamente piensa siempre". De ahí que, al cumplirse veinticinco años de la muerte de Ortega, en una hermosa conferencia que pronunció en el "Instituto Popular de Conferencias" del diario "La Prensa" titulada sugestivamente *Ortega y la política* —que si dispusiera de más tiempo me hubiera gustado glosar—, dijo textualmente López "Mi relación con Ortega a quien no tuve el privilegio de tratar personalmente, ha sido, es, un continuo y permanente diálogo, a veces áspero, a veces duro, siempre empero para mí fructuoso. De cualquier modo, aunque no haya podido ser su discípulo, lo cierto es que de ninguna otra persona creo haber aprendido tanto". Por eso, junto a las Academias, la Institución Ortega y Gasset está por derecho propio hoy tan íntimamente vinculada a este homenaje.

Mario Justo López vivió las turbulentas décadas que arrancan en el año 1930 —era un adolescente entonces pero ya mostró inquietudes por el destino del país y sus instituciones libres— como Ortega vivió las no menos turbulencias de su tierra, cumpliendo con su deber, pero con angustias y dolores. Tengo por eso para mí, que a los males físicos que minaron su cuerpo, su muerte se debió también a males metafísicos que torturaban su alma frente al proceso de decadencia nacional que es nuestro deber revertir. Pero no nos equivocamos; los argentinos ya no tenemos derecho a ser ingenuos y menos aún a hacernos los desentendidos. La experiencia histórica ha demostrado que a los países devastados —y la Argentina lo está— sólo se los reconstruye, piedra sobre piedra, si sus dirigentes son hombres con la inteligencia, la sensibilidad, la vocación de servicio y el temple moral del ilustre muerto que hoy evocamos.

Señoras y Señores:

Cuando el doctor Eugenio Pucciarelli tuvo la gentileza de presentarnos, dijo que en mi caso lo haría por la Institución Ortega y Gasset de la que López fue uno de sus más entusiastas y consecuentes dirigentes. Pero abusando de la gentileza de los organizadores, de la comprensión de ustedes y con la seguridad de que a López le agradará, quiero cerrar estas palabras con algunas reflexiones más personales, más íntimas, es decir, más mías.

Conocí a Mario Justo López hace más de veinte años y desde entonces nos unió una gran amistad, una cálida y cordial amistad, que era auténtica porque era recíproca. En los últimos lustros, tuve un contacto semanal con él; conversé mucho y de muchos temas. Heredé una de sus cátedras; prologó un libro mío y trabajamos juntos en medios universitarios y en otros ámbitos. Fue pues mi amigo y por él llegué a comprender porqué el viejo Epicuro colocaba a la amistad como el primero de los placeres espirituales. Pero además, fue mi maestro. Siempre digo que lo poco que conozco en ciencia política, lo aprendí de Mario Justo López. Y no debemos olvidar que la gran diferencia entre las filiaciones de la sangre y las filiaciones intelectuales, es que en estas últimas los hijos son los únicos que pueden decir quienes son sus padres.

En este caso, queden entonces mis palabras primeras como el homenaje oficial de la Institución Ortega y Gasset. Y las últimas, quizá más tiernas, como el testimonio emocionado de un hijo de su espíritu.